

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA
"FILOSOFIA DEL TRABAJO" (*)

por FRANCISCO LETIZIA
Profesor titular de Fundamen-
tos de Filosofía y Director
del Departamento de Discipli-
nas Humanísticas en la
Facultad de Ciencias Económi-
cas de la U. N. de Cuyo.

"Homo nascitur ad laborem". (1)

*El concepto de trabajo
y sus definiciones .*

No es fácil dar una definición muy ajustada del trabajo porque si bien toda actividad humana puede convertirse en trabajo, el hombre no siempre trabaja cuando actúa.

La experiencia común y corriente nos proporciona ejemplos de actividades a las que, en algunas circunstancias se las puede llamar trabajo y, en otras, juego. El peluquero, el boxeador o el violinista trabajan por cierto al afeitar la barba, al boxear o dando un concierto. Pero se considera igualmente que estas personas, si deciden jugar al fútbol, con el fin de divertirse, no están trabajando, a pesar de los esfuerzos que realizan corriendo detrás de la pelota.

(*) Este artículo forma parte del tercer tomo de la obra *Fundamentación filosófica de las doctrinas económicas* que el mismo autor está preparando para su próxima publicación.

(1) JOB; 5, 7: *El hombre nace para trabajar.*

Por de pronto el juego es una actividad libre de cualquier otra preocupación y la persona que juega cambia el estado de su mente y de su cuerpo. Solo cuando el juego comienza a ligarse con una determinada obligación, empieza a convertirse en algo más. Por otra parte toda actividad lúdica se despreocupa de todos los problemas de la vida diaria para vivir en un mundo de ficción, tal como sucede en los juegos infantiles. Pero este aspecto irreal del juego no atenta contra su seriedad y el grado de compromiso emocional que puede suscitar en los adultos y principalmente en los niños para los cuales, como lo ha destacado Piaget, el aprendizaje de las reglas de juego es una de las obligaciones más serias de la vida.

El juego no es, en absoluto, una actividad instrumental sino que se lleva a cabo por sí mismo; su principio reside en que lo que se hace, se hace por placer, y su gratificación se encuentra en la actividad misma.

Por otra parte el juego es tan importante en la vida del hombre que Huizinga llega a considerarlo como una "actividad global" humana y por eso propone agregar a las expresiones de "Homo Faber" y "Homo Sapiens" la de "Homo ludens". (2)

El principio del trabajo, en cambio, consiste en que la acción no es emprendida por sí misma, sino con algún otro propósito de utilidad individual o social que sirve a los fines de la autopreservación; la gratificación no reside en la acción como tal, sino en la obtención de algo por medio de ella. De manera que trabajo y juego no se distinguen por su contenido, sino por su finalidad. Escalar montañas es una actividad muy ardua, pero mientras que para el guía es un trabajo que le reporta una utilidad económica, para el turista se trata de una diversión.

Las antiguas leyendas griegas dicen que el juego y la guerra son más antiguos y más nobles que el trabajo. Las Islas Afortunadas son el reino de la felicidad y la diversión, y las guerras de los dioses

(2) Cfr. HUIZINGA, J., *Homo ludens*, trad. de J. Imaz E. (Buenos Aires, Emecé, 1957).

con los titanes, precedieron a la aparición de la humanidad encorvada sobre su dolorosa y cotidiana tarea.

Esas leyendas hacen notar además que tanto el juego como la guerra son instintivos. El niño, por ejemplo, no necesita aprender a jugar o a luchar debido a que encuentra, dentro de sí mismo, bastantes energías que gastar y movimientos coléricos que poner en evidencia. Al contrario, necesita un largo aprendizaje para comprender y vivir la ley del trabajo. De estas leyendas alguien podrá deducir unas consecuencias muy superficiales, opinando que la guerra y el juego son *naturales* porque *salen de adentro*, mientras que el trabajo sería una *imposición exterior*. Pero esto no resiste un serio análisis, tal como lo demostraremos más adelante al tratar de la concepción agustiniana del trabajo. Por de pronto, solo nos limitaremos a hacer notar que en la actitud del guerrero o del jugador hay una atmósfera de orgullo y de manifestaciones ruidosas; en cambio, en la actitud del trabajador se manifiesta un alto grado de paciencia, de serenidad y de sólida autodisciplina. La guerra destruye; el juego edifica; el trabajo construye sin dejar, detrás de sí, lamentos ni destrucciones. El gesto del sembrador que avanza entre los surcos es sencillamente majestuoso por su paz espiritual, por su optimismo y por su esperanza en la madre Naturaleza. Su acto es sagrado y nada tiene que ver con el gesto del guerrero o del jugador.

El trabajo y el alumbramiento son dolorosos porque algo nuevo va a nacer con ellos. Por eso si tuviéramos que dar una definición suficientemente amplia del trabajo, podríamos decir que es *toda actividad mental o física destinada a producir bienes o servicios necesarios y deseables para la vida individual y comunitaria*.

Para Scheller, la palabra *trabajo* se emplea en tres sentidos, significando: a) una *actividad*; b) el *producto de esa actividad*; c) un *fin propuesto a la actividad*. Con un solo término designa tres realidades distintas captadas como un todo indisoluble.

Por su parte Jaspers sostiene que el trabajo es un *hacer conforme a un plan*, y es también *la esencia del hombre y la creación de su propio mundo* (3). El trabajo

(3) JASPERS, K., *Origen y meta de la historia*, trad. de F. Vela; 3ra. ed. (Madrid, R. O., 1965), pág. 144.

pues es un comportamiento fundamental del hombre quien trasforma el mundo natural en que se encuentra inmerso, en un *mundo humano*, y en esto estriba nuestra radical diferencia con el animal.

Los grandes diccionarios incluyen unas veinte definiciones diferentes del sustantivo *trabajo*, y más de treinta para el verbo *trabajar*. Todas estas acepciones tienen, en común, la referencia a un esfuerzo mental y físico para lograr un determinado fin; *trabajar es hacer algo con un propósito*. Si nos preguntamos en qué consiste este *algo*, el lenguaje cotidiano también nos dice que *el trabajo es el medio por el cual el hombre se gana la vida*. (4)

Solamente el hombre es, en estricto rigor de términos, un *animal trabajador*. Ciertamente es que muchos animales introducen modificaciones en el mundo que los rodea, tal como sucede con la construcción de nidos efectuados por volátiles o insectos; o con la construcción de represas por los castores, etc., pero, en general, los animales tienden a vivir en el mundo tal como lo encuentran. Solamente el hombre interviene para modificar la estructura y las relaciones del mundo físico que lo rodea. Todo trabajo tiende, pues, en cierta forma, a la *alteración planificada del ambiente físico*. El hombre que afila una piedra para matar a un animal y procurarse alimento es capaz de alcanzar su objetivo alterando, en parte, el mundo que lo circunda, y en este esfuerzo por dominar el mundo en que vive, debemos encontrar un rasgo del proceso denominado trabajo.

Además, el trabajo, al ser una *actividad instrumental* que el hombre realiza para procurarse los medios de subsistencia, es también una *actividad auto-preservadora*. Así que el trabajo no consiste solamente en *alterar o modificar* algún aspecto del medio ambiente en que vive el hombre, sino que tiende, principalmente, a conservar y preservar la vida.

En la realización del trabajo no solo notamos una concentración mental, una sostenida atención, un esfuerzo muscular, sino también *alegría*; la alegría natural

(4) NEFF, W., *El trabajo, el hombre y la sociedad*, trad. de J. Colapinto (Buenos Aires, Paidós, 1972), pág. 100.

del hombre que *triunfa sobre las cosas* y que las somete a su inteligencia y voluntad y que las pone a disposición de sus semejantes. Alegría compartida porque al hacer algo, junto a sus semejantes, luchando por un idéntico fin y resolviendo problemas juntos, permite el surgimiento de la verdadera amistad.

Es cierto, pues, que el trabajo causa *fatiga*; sin embargo, al ejecutar determinadas actividades, se producen particulares fenómenos emocionales, como la alegría que nace del hecho de ver la inmediata recompensa del esfuerzo realizado.

Esta alegría en una organización social -dice Von Mises- toma cuerpo en la satisfacción que el sujeto siente al pensar que ocupa un específico puesto en la social distribución de funciones productivas, observando cómo los demás aprecian sus servicios, aprecio que expresan al adquirir sus producciones, o retribuir sus prestaciones.
(5)

El concepto más amplio de trabajo entraña una fuerza en acción y un gasto de energía para vencer la resistencia que la materia presenta a la actividad humana, tal como sucede en el caso de querer desplazar un objeto pesado de un lugar a otro. Toda actividad humana, inteligente y voluntaria es, al fin y al cabo, un trabajo.

Pero, ¿qué elemento es común a las actividades de los maestros y alumnos, sacerdotes y fieles, músicos y escultores, campesinos y políticos, periodistas y boxeadores? Este elemento común no se manifiesta superficialmente y no es fácil comprenderlo mediante una definición lógica; y en esto reside la gran dificultad de definir adecuadamente el concepto de *trabajo*. Por de pronto notamos que este factor común es -como decían los griegos- *en-érgeia* (6) es decir, una *energía*, sea espiritual o material, en acción. Todo trabajo produce algún cambio aunque sea imperceptible o infinitesimal. Por ejemplo, si un hombre camina de arriba abajo, en

(5) VON MISES, L., *La acción humana. Tratado de economía* t. II, s.t. (Valencia, Fundación Villalonga, 1960), pág. 254.

(6) El término *érgon* indica *trabajo, actividad humana*.

su dormitorio, para desperezarse, produce cambios no solamente en su organismo, sino también en la naturaleza, a saber, la distribución de la materia y de la energía en el universo, si bien no produce cambio alguno en la civilización.

Ya hemos hecho, anteriormente, algunas observaciones sobre el juego y el trabajo, sosteniendo que en la definición de la idea de trabajo debemos incluir el elemento de *utilidad* individual y comunitaria. Este análisis, pues, nos está indicando que no es posible llamar trabajo a la actividad del ladrón que, aprovechando nuestra distracción, nos quita la billetera. Es cierto que su actividad exige habilidad, destreza, *ojo clínico*, aprendizaje, esfuerzo, conocimientos psicológicos, etc., pero su acto es contrario a la dignidad humana y no favorece la *convivencia pacífica y ordenada de la comunidad*. Lo mismo podríamos decir de la actividad ejercida por las prostitutas y los *mafiosos*. Estas actividades no constituyen una *profesión* en el verdadero sentido humano; por lo tanto, quedan excluidas del concepto de *trabajo*. Llegados a este punto, alguien podría preguntarse: *¿Trabajaba realmente Penélope, la fiel esposa de Ulises, mientras tejía de día y destejía de noche su manto, con el único fin de posponer su elección de un nuevo marido?* En estricto rigor de términos, el análisis que estamos realizando indica que existe una semejanza muy notable entre el trabajo y la actividad ejercida por Penélope; pero ésta, en realidad, no trabajaba. Ya Hesíodo, en sus famosos *Erga*, nos advierte que una de las notas características del trabajo es la *utilidad* y Platón en su *Cármides* nos dice: *Se llama trabajo a lo que hacemos hermosamente y que es útil.* (7)

Lo que Platón quiere decir es que todo *trabajo* debe hacerse *decorosamente* y por "utilidad personal y social". El trabajo no se reduce a la pura producción y tampoco puede ser identificado con el simple esfuerzo penoso y obligado. En verdad, el tipo perfecto de trabajo es aquél que se orienta hacia los valores que dan un sentido y dignidad a la vida del hombre. Por lo tanto podríamos definir al trabajo, en forma más ajustada, diciendo que es *un gasto de energía mental y física que intenta vencer la resistencia presentada por el objeto,*

(7) PLATON, *Cármides*, 163a.

en beneficio propio y de la comunidad. Por ende el trabajo consiste en infundir el espíritu en la materia.

*El trabajo según
los filósofos griegos*

Ya hemos visto que el trabajo es la actividad humana encaminada a producir un valor económico; es pues, el esfuerzo que el hombre realiza para lograr, directa o indirectamente, la satisfacción de sus necesidades.

La importancia del trabajo como factor de producción es un hecho tan antiguo como el mundo, pero en la Grecia preclásica solo en los *Erga kai Hemérai* ("Los trabajos y los días") de Hesíodo encontramos un primer testimonio. (8)

Homero había destacado el hecho de que la riqueza, generalmente, era producto de la actividad bélica, de la conquista y, a menudo, de la rapiña. Aquiles, Ulises, Ajax y otros héroes, en efecto, se enriquecen asolando y quemando ciudades, esclavizando a los vencidos y adueñándose, con la violencia y el engaño, de las riquezas ajenas. En cambio, en los *Erga* se revela la segunda fuente de la cultura: el valor y la dignidad del trabajo. El heroísmo ya no se manifiesta en las luchas sangrientas sino en el tenaz y silencioso esfuerzo de los trabajadores. Toda riqueza y todo bienestar es producto del trabajo que no es una maldición, sino una bendición. Hesíodo, pues, ensalza a los trabajadores que pasan el día entre los surcos, de sol a sol. La *areté*, es decir, la nobleza, ya no se adquiere en los campos de batalla, sino que se logra a través del *érgon* (trabajo), la *dikaiousine* (justicia) y la *sébasis* (piedad religiosa). De esta manera el trabajo no es solamente el fundamento del bienestar económico, sino la base del orden moral y social.

El amado trabajo sea para tí la regla por la cual te embellezcas, para que los graneros se te colmen con el fruto de la estación que da la vida. Por el trabajo los hombres son ricos en ganados y opulentos: los que trabajan son muy amados por los dioses. El trabajo no

(8) LETIZIA, F., *Fundamentación filosófica de las doctrinas económicas* (Mendoza, F.C.E., 1983), págs. 31/40.

es oprobio; el ocio es oprobio. (9)

Pero el problema del trabajo no es solo socio-económico, político o moral. En realidad, para captar su esencia es indispensable comprender al hombre. De ahí la necesidad de recurrir a los filósofos, que consideraran al hombre como un *animal con logos*, quien logra un desarrollo armónico de todas sus capacidades espirituales y físicas solamente en el trabajo, es decir, en la *actividad del pensar y del hacer*.

Ya es una vieja tradición atribuir a la antigüedad clásica -y principalmente a Platón y Aristóteles- un manifiesto desprecio por la *banausía* o trabajo manual considerado como algo despreciable y degradante, inferior a la *sjolé* o tiempo libre, dedicado al quehacer político-militar y a la actividad contemplativa. Los verdaderos valores humanos son los provenientes del conocimiento teórico, libre, desinteresado y de la participación activa en el gobierno. La *banausía* -según la concepción clásica- no es una actividad verdaderamente humana porque abate el alma, fatiga el cuerpo y lo deforma; en cambio, la gimnasia y los ejercicios físicos que se llevan a cabo en los estadios, hermocean, modelan y fortalecen el cuerpo. Los deportes y la presencia activa en el gobierno constituyen, pues, el ideal de vida para un verdadero ciudadano griego, quien aborrece de la estrechez y obscuridad de un taller y de la inmovilidad corporal de un oficio, que produce un *alma contrahecha* y un *espíritu obtuso*.

Pero, en honor a la verdad, debemos precisar que no todos los griegos de la época clásica han despreciado la *banausía*; en efecto, los *demiourgoi* (artesanos) han gozado de mucha estima en la organización política de varios estados. El historiador Herodoto es excelente testigo de lo que afirmamos:

Entre la mayor parte de los bárbaros, los que se dedican a los oficios manuales y hasta sus hijos son mirados como los últimos ciudadanos; por el contrario se estima como mucho más nobles a los que no ejercen ningún trabajo y principal-

(9) HESÍODO, *Los trabajos y los días*, ed. bilingüe, trad. y notas de F. Malleros (Santiago de Chile, Universitaria, 1962), pág. 290.

mente a quienes se consagran a la profesión de las armas. Todos los griegos fueron educados en estos principios, particularmente los espartanos, descontando, en todo caso, a los corintios que dan mucha importancia a los artesanos.
(10)

Este texto es muy significativo para nosotros. En realidad no todos los griegos desprecian el trabajo manual. Si este *divorcio* entre la intelectualidad y lo manual, al decir de Mondolfo, hubiese dominado totalmente el espíritu antiguo, *haría inexplicable aquella creación estupenda de la cultura griega* (11) que abraza no solo la filosofía y la literatura, sino también las artes plásticas, arquitectónicas y técnicas que están más directamente unidas al trabajo manual.

Es necesario, por lo tanto, *reaccionar* en cierta forma, al concepto tradicional que no refleja fielmente la realidad de los hechos. En efecto, sabemos que por razones históricas de conquista, la aristocracia guerrera dórica desprecia el trabajo manual mientras que los aborígenes vencidos están obligados a dedicarse a las actividades agrícolas y artesanales. Surgen, pues, dos actitudes antitéticas sobre el trabajo manual.

A esta explicación delimitada a un conflicto de clases debemos agregar un tercer elemento constituido por la distinción de dos tipos de Estados: los *oligárquico-militaristas* como el de Esparta y Tebas; y los estados *democrático-industriales* como Corinto o, en alguna medida, Atenas.

Il mondo greco -dice Battaglia- presenta due teorie sul lavoro, diverse e antinomiche. Il lavoro che, per un verso, é pregiato, essenza dell'uomo; dall'altro é respinto, opera di schiavi. Umano per gli uni, in quanto produttore di ricchezza e di virtù; é servile e abietto per gli altri... Ci troviamo propriamente dinanzi a due condizioni

(10) HERODOTO, *Las nueve musas*, II, 167.

(11) MONDOLFO, R., *La comprensione del soggetto umano nell'antichità classica*, trad. de I. Bassi (Firenze, La nuova Italia, 1958), pág. 587.

della vita aventi diversa origine... e che fanno capo a due ceti mai interamente amalgamati.

El mundo griego presenta dos teorías diversas y antinómicas sobre el trabajo. Por un lado es apreciado por ser esencia del hombre; por el otro es rechazado, siendo tarea de esclavos. Humano para unos en cuanto productor de riquezas y virtudes; servil y abyecto para otros... Nos encontramos frente a dos condiciones de vida de origen diverso, y que se remontan a dos clases nunca, tal vez, amalgamadas completamente.
(12)

Conviene recordar a este respecto que en Corinto, una polis industrial y comercial, los artesanos, creadores de la potencia económica de la ciudad, alcanzan las altas magistraturas y gozan de mucho prestigio. Orientación análoga prevalece en la Atenas de Pericles, según la declaración de Tucídides: *"Nosotros los atenienses consideramos al ciudadano indiferente a los negocios como un hombre inútil"*. (13)

También en la Atenas de Solón el trabajo manual es muy bien considerado, tanto es así que este gobernante promulga una ley por la cual cada ciudadano tiene el deber de enseñar a sus hijos un oficio, si quiere que éstos tengan la obligación de sostenerlo en su propia vejez. Por su parte, Plutarco (14), refiriéndose a esta época, declara que el trabajo manual *"no era considerado una desgracia y el hecho de tener un oficio no implicaba una inferioridad social"*.

Asimismo entre los sofistas, Hippias se vanagloria de reunir, en su persona, junto a las actividades intelectuales de sofista, las manuales de tejedor, sastre, zapatero y herrero, presentándose como un ejemplo típico de hombre cuya capacidad intelectual no contrasta con su habilidad manual (15). La conjunción de vida intelectual y práctica la notamos principalmente con Sócrates, quien

(12) BATTAGLIA, F., *Filosofía del trabajo* (Bologna, 1951), pág. 22.

(13) TUCIDIDES, *Historia del Peloponeso*, II, 40.

(14) Cfr. PLUTARCO, *Vidas paralelas: Solón*.

(15) PLATON, *Hippias menor*, 368b y siguientes.

en sus investigaciones conceptuales, ama utilizar siempre los ejemplos del herrero, del albañil, del carpintero o del zapatero. (16)

La apreciación positiva del trabajo manual aparece en Jenofonte conectada especialmente a la influencia de Sócrates, cuyas opiniones reivindica y acepta. En el segundo libro de *Los Memorables*, Jenofonte sostiene la tesis socrática de que el camino del trabajo y del esfuerzo es el único digno del hombre, por ser el camino de la *areté*.

Esta idea de la dignidad moral del trabajo se confirma mucho más en el capítulo séptimo del mismo libro:

¿Crees tú -pregunta Sócrates a Aristarco- que por el solo hecho de ser libres, esas personas no tengan que hacer otra cosa que comer y dormir? ...¿En qué forma los hombres pueden llegar a ser más sabios: quedando ociosos como parásitos o dedicando sus cuidados a cosas útiles?; ¿cómo pueden ser más justos: trabajando o cruzando los brazos soñando sobre los medios de subsistencia? (17)

Es cierto que Jenofonte refiere estas ideas a su Maestro, pero es evidente que el calor con que reivindica su nobleza significa su total adhesión, confirmada en sus obras económicas tituladas *Oikonomikós* y *Hoi Póroi* (18). En la primera de estas obras sostiene que *el bien de la familia exige trabajos dentro y fuera de la casa. Dios hizo la naturaleza de la mujer para los quehaceres domésticos; y la del hombre para los trabajos fuera de la casa.* (19)

La comprensión socrática del trabajo ha influido poderosamente, pues, sobre sus discípulos y esta influencia aparece también en Platón quien pasa por ser el *desprecia-* *dor* de toda actividad manual. Para una correcta interpretación de su doctrina, es necesario tener presente su Estado

(16) Cfr. JENOFONTE, *Los memorables*, I, 2, 37 y III, 3, 39; IV, 4, 6; Passim.

(17) Ibidem.

(18) LETIZIA, F., *Fundamentación...*, op. cit., t. I, pág. 81 y siguientes.

(19) JENOFONTE, *El económico*, 7, 22.

ideal.

La República Platónica -constituida por tres clases sociales- es la imagen refleja del alma y el filósofo parte del supuesto de que entre los hombres existen diferencias naturales que consisten, esencialmente, en el predominio, dentro de cada individuo, de una determinada alma: la racional (la verdadera alma que es inmortal), la irascible y la concupiscible. Cada una de las tres clases debe ser gobernada por una virtud especial: la primera, constituida por los *árjontes* (gobernantes) debe estar regida por la *prudencia*; la segunda, que comprende los *phýlakes* (guerreros), debe cultivar la *fortaleza*; la tercera, formada por los agricultores, artesanos, comerciantes e industriales, debe distinguirse por la *templanza*. El filósofo, pues, elabora una estructura social constituida por tres clases que no son hereditarias. Cada una debe atender, en las cosas de la polis, a aquello para lo cual su naturaleza está mejor dotada (20). En esta división del trabajo (elaborada muchos siglos antes de Smith), se origina la distinción de las tres clases sociales, a cada una de las cuales le corresponde una función para la consecución del bien comunitario. En el Estado platónico, pues, los sabios ocupan el primer lugar; los guerreros vienen después y una gran cantidad de agricultores, artesanos, industriales y comerciantes siguen en último término. Tres funciones diferentes y tres clases sociales de hombres, cada uno con su moral específica. Los miembros de la primera y segunda clase, están dedicados exclusivamente al bien de la polis y tienen que vivir toda su vida en beneficio de la comunidad renunciando, para tal fin, a la propiedad y a la formación de una familia. La *raza de oro*, los filósofos, se caracteriza por su *prudencia*, individual y social; los guerreros, *raza de plata*, se distinguen por su patriotismo, por su *valentía*, con una moral del honor, estando siempre dispuestos a sacrificar su vida en defensa de la polis. Los de la tercera clase, *raza de bronce*, deben tener una moral de *obediencia* que exige la templanza, la virtud de la moderación en la satisfacción de los apetitos. El miembro de la tercera clase tiende principalmente a un bien particular, puede ser propietario y formar una familia y, por ende, debe ser *gobernado* por otro

(20) PLATON, *República*, 433a.

más sabio, quien es capaz de superar el deseo y el bienestar individual, para alcanzar el bien de todos los ciudadanos.

Los trabajadores manuales, pues, por el hecho de dedicarse exclusivamente a la satisfacción de sus intereses particulares, deben ser considerados *indignos* de participar en el gobierno de la polis. (21)

Sin embargo, a pesar de esta negativa evaluación del trabajo manual, también en Platón encontramos algunas expresiones elogiosas del mismo, provenientes, seguramente, de la influencia socrática. Estas afirmaciones están en contradicción evidente con la orientación negativa con que se acostumbra a caracterizar a Platón y, por eso, merecen ser citadas. Por de pronto, en la *República* (22) exige, de aquellos que quieren dedicarse a la filosofía, un amor total para el trabajo, ya sea intelectual como manual. Habla, pues, de una *philoponía* (amor por el trabajo manual), debido a que el hombre *armónico* debe estimar todo tipo de actividad: la intelectual y la muscular. Lo mismo se observa en el *Teeteto* (23). Por otra parte, en la *República*, a través de Sócrates, critica las clases privilegiadas que se enorgullecen de su educación liberal y que dedican su vida entera al cultivo de los placeres. A tal efecto cita como modelo el ejemplo de un herrero que, estando enfermo, pide al médico un remedio que lo cure pronto para volver rápidamente al trabajo, puesto que "...no tiene tiempo de estar enfermo" (24). Bastan, pues, solamente estas citas para observar que esa tendencia de los críticos a presentar un Platón que desprecia toda actividad manual, resulta unilateral e incompleta.

Con respecto a Aristóteles se pueden hacer análogas observaciones debido a que sus afirmaciones sobre el trabajo manual presentan la misma complejidad. Así que para juzgarlo correctamente conviene tener presente su triple distinción de la actividad humana: la *teórica*, tendiente a conocer la *esencia* de las cosas; la *prácti-*

(21) PLATON, *República*, 415a y siguientes; *Político*, 289a y siguientes; *Leyes*, 846 y siguientes.

(22) PLATON, *República*, 504d.

(23) PLATON, *Teeteto*, 153b.

(24) PLATON, *República*, 405d , 408b.

ca, que orienta la voluntad hacia la verdadera felicidad; y la *poética* que hace referencia a toda actividad artesanal. (25)

Para Aristóteles, el hombre es *phýsein politikón zóon* (26) (un animal político por su naturaleza); por lo tanto, su bien particular y su bienestar familiar están subordinados al *bien político* que es el *bien común*. La *politeia* es una empresa común y no una simple convivencia. La comunidad de los ciudadanos en el Estado es como la de los marinos en un barco que, para llegar a puerto, exige una permanente dedicación y un control continuo. Para ello es necesario que los gobernantes sean *hombres libres*, es decir, hombres que *no necesitan trabajar diariamente* para ganarse el pan cotidiano y que, por eso, tengan el tiempo libre de *cualquier otra ocupación* para dedicarse al gobierno de la polis. A los fines de comprender el *porqué* de esta situación, conviene recordar que, en esa época, los cargos políticos no eran incluidos en los presupuestos públicos y, por eso, los gobernantes no cobraban ningún sueldo, debiéndose mantener, económicamente, con sus propias riquezas personales. Los votantes, al reunirse cada año para elegir a sus representantes, tenían muy en cuenta no solo la honestidad política sino también el bienestar económico de sus votados. De ahí que los ciudadanos pobres no podían ocupar cargos políticos de importancia porque estaban obligados a trabajar diariamente para vivir; es decir que no tenían el tiempo libre para cumplir las funciones públicas. A lo sumo podían ocupar cargos inferiores que, para su desempeño, insumían una o dos horas diarias. Así que solo los ciudadanos pudientes podían ocupar los cargos públicos. Justamente a esto se refiere Aristóteles cuando dice:

Porque los ciudadanos tienen que poseer recursos abundantes y ellos son los ciudadanos, ya que los obreros no participan de la polis ni de ninguna otra clase (de artesanos) que no sea productora de virtud. (27)

(25) En griego el término *poietés* (poeta), significa *el que hace*, es decir, el que trabaja, crea, construye, compone.

(26) ARISTOTELES, *Política*, 1329a.

(27) *Ibidem*.

Además, para comprender mejor esta evaluación negativa, es oportuno tener presente que Aristóteles no desprecia el trabajo manual en cuanto implique *fatiga*. Personalmente, era un extraordinario trabajador intelectual y conocía perfectamente esa fatiga que acompaña a toda actividad humana. Sin embargo considera que el hecho de trabajar en relación de dependencia, pone al trabajador manual en una situación *servil*, en un cierto estado de esclavitud que le obliga a ejecutar mecánicamente las órdenes recibidas.

Por eso -así dice- consideramos a los jefes de obra más valiosos y pensamos que entienden más y son más sabios que los simples operarios, porque saben las causas de lo que se está haciendo; los obreros, en cambio, como algunos seres inanimados, hacen, pero hacen sin saber lo que hacen, como el fuego cuando quema. (28)

Parece evidente, pues, que Aristóteles no considera indigno del hombre ni el contacto con la materia ni la actividad manual en sí misma, sino que ve en el obrero una cierta renuncia al uso de la inteligencia. Es decir, ve en el simple peón el uso de la fuerza muscular y nada más. Según su criterio, en la mayoría de los obreros existe un cierto *divorcio* entre la inteligencia y la mano, que debe ser guiada y por eso manifiesta un cierto desprecio por esta clase de hombres.

En lo tocante a la esclavitud, todos saben que Aristóteles, con asombrosa tranquilidad, sostiene que el esclavo es un *instrumento animado* (29) y que *ya desde el nacimiento unos hombres están destinados a ser esclavos y otros a ser libres* (30). Con esta expresión realmente desagradable, el pensador quiere referirse a esos hombres que por carecer de criterio, iniciativa y sensatez, necesitan de un amo que los guíe y que solo en la ciega obediencia pueden encontrar su seguridad.

(28) ARISTOTELES, *Metafísica*, 981a y b. Ed. trilingüe, por V. García Yebra (Madrid, Gredos, 1970).

(29) ARISTOTELES, *Política*, 1253b.

(30) *Ibidem*, 1254a.

Ahora bien, Aristóteles, sin ningún lugar a dudas, expresa una valoración negativa del trabajo manual; sin embargo, debemos reconocer que no coloca una *antítesis* entre *inteligencia y mano*, sino que tiende a unir las dos actividades en las cuales la acción de la mano debe ser dirigida, en cada hombre, por su propia inteligencia. El no entender el *porqué* y el *para qué* de una actividad manual, transforma al trabajador en un simple ejecutor de órdenes recibidas, es decir, en un instrumento pasivo.

Es cierto que Aristóteles exalta la *theoría*, pero también afirma que esta primacía teórica debe servir como guía y como luz en las aplicaciones prácticas. El vínculo entre teoría y práctica y entre trabajo intelectual y trabajo manual se manifiesta de esta manera, en una dependencia recíproca. La lectura del último libro de la *Ética Nicomaquea* (31) sugiere claramente que la actividad contemplativa debe tener una actividad operativa.

Pero, en honor a la verdad, debemos admitir que los antiguos filósofos, con algunas excepciones, no supieron ver en el trabajo manual, su eminente dignidad. Y ésta será la tarea del Cristianismo.

El Cristianismo y la dignidad del trabajo

El hombre, imagen viviente del Dios vivo y verdadero tiende, por su misma esencia, a la semejanza divina en el orden del ser y del obrar. El trabajo es el medio que Dios ha puesto en las manos del hombre para que este perfeccione en sí la imagen divina, creando algo nuevo en el mundo: su historia. La expresión evangélica: *Mirad a los lirios del campo cómo crecen: no trabajan ni hilan* (32) no es, en modo alguno, una condena al trabajo. Cristo es un trabajador que realiza una tarea humilde en un modestísimo taller de carpintería durante los años de su juventud. Los apóstoles Pedro, Juan, Andrés y Santiago son pescadores; Pablo se gana el pan tejiendo carpas, y enseña que todo hombre debe trabajar y que *si alguien no quiere trabajar, que tampoco coma* (33). Lo que aquí

(31) Cfr. ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, cap. 5, 7 y 8.

(32) *Mateo* 4, 25; *Lucas* 12, 22.

(33) *II Esp. Thessal.*, 3, 10.

Cristo condena es la falta de confianza en Dios. Hay que trabajar pero sin la angustia de aquél que se siente abandonado y solo.

El trabajo es una actividad encauzada a un fin económico y espiritual y toda actividad humana, de uno u otro modo, es causalidad. Dios es la *causa incausada*, es decir, la primera causa y el hombre, gracias a su trabajo, se convierte en *causa segunda de su propia perfección*.

El trabajo -dice Todoli- es el medio privilegiado que el hombre tiene para hacer reinar la razón y para imponer el sello de su espíritu en la materia que lo rodea; es también la fuerza que le permite dominar sus instintos de inercia y abandono y hacer del cuerpo el instrumento dócil del alma. El trabajo pues, significa una verdadera liberación de nuestro siquismo inferior. (34)

Leonardo da Vinci ha resumido esa realidad teológica del trabajo, como continuación de la creación o cooperación a la obra divina, diciendo: *Dios nos da los bienes y nos pide, a cambio, la fatiga.*

Además, el trabajo tiene un enorme valor social. Una cadena de solidaridad indestructible une al trabajador de todos los siglos. Las actuales generaciones se aprovechan del fruto del pasado, como las venideras se aprovecharán del presente. De esta manera el trabajo se hace *atemporal* en la solidaridad social. Ningún esfuerzo, ningún trabajo, ni una gota de sudor se pierde en el vacío de los siglos. El hombre ha recibido los talentos para sí mismo y para la sociedad. En la parábola evangélica de los talentos se explica cómo cada uno está dotado de algunas aptitudes y está obligado a utilizarlas en su justa medida.

El Cristianismo realiza una profunda revolución dando una nobleza inesperada y también una profunda dignidad al trabajo manual que va a tener una enorme influencia en la marcha de la civilización humana. El trabajo es

(34) TODOLI, J., *Filosofía del trabajo* (Madrid, Aguilar, 1954), pág. 77.

honrado y se transforma en un elemento de humanización, de bienestar, de ascesis o purificación y de santificación. Por eso los Padres de la Iglesia y, en modo particular, San Agustín, dedican una particular atención al trabajo manual.

Ya hemos visto que, en Grecia, la historia del trabajo manual ha sido bastante compleja y penosa y ha tenido que superar muchas etapas hasta conseguir, en la cultura occidental, el pleno derecho y la dignidad que le corresponden. En esta evolución, el Cristianismo ha tenido un puesto fundamental, siendo la levadura que ha hecho fermentar, en nuestra sociedad, ciertos principios que eran despreciados.

En el mundo romano el trabajo manual goza de la más alta estima, como lo demuestran las columnas, las estelas, las inscripciones y sarcófagos repartidos en todo su territorio. Pero, en realidad, los artesanos y asalariados viven en una condición de inferioridad. Si nos fijamos en Cicerón (35), el prototipo del espíritu romano, vemos que la agricultura y el gran comercio son los únicos oficios materiales dignos de estima. Los demás son viles, degradan el alma y hacen al hombre depender de otro.

Esta visión se debe a que el trabajo manual no tiene una fundamentación ética y religiosa. No es rechazado en sí mismo pero es visto en estrecha relación con la esclavitud y como enemigo del gran ideal del *otium*, finalidad de toda actividad digna; en cambio el *negotium* distrae y no deja alcanzar dicho ideal.

Solo en la tradición cristiana, el trabajo es rehabilitado en todas sus formas. En el Antiguo Testamento el trabajo es considerado como parte fundamental de la vida de Israel, es ordenado por Dios, es protegido por la ley y alabado y aplaudido por los sabios. El Nuevo Testamento hereda esta concepción altamente positiva

(35) Cfr. *De Officiis*, 1, 42. Distingue entre obras *illiberales et sordidae* y las *honestae* que son dignas de ser ejercidas por un hombre libre (medicina, arquitectura, docencia y comercio al por mayor). Pero, para él, no hay *nihil dignius* que la agricultura.

del trabajo y en el Evangelio se multiplican los ejemplos de trabajos manuales (36) y se reconoce el derecho que todo trabajador tiene al salario. Los primeros cristianos provienen de todas las clases sociales y oficios existentes, aun los más humildes y esto constituye un motivo de orgullo y argumento apologético, aunque no deja de ser motivo de ataque por parte de algunos paganos (37). En general, los Padres destacan la parte práctica del trabajo como medio de subsistencia para el hombre y su familia y con el que contribuye a la prosperidad de la ciudad. Echan, pues, los cimientos para una teología y filosofía del trabajo y, en este sentido, el Cristianismo debe ser considerado como el fermento que penetra en la conciencia social. (38)

San Agustín, desde el primer momento de su conversión, se plantea el problema del trabajo manual y le da un lugar importante en su doctrina teológico-filosófica. Para alcanzar la sabiduría, la *beata vita* es indispensable el *otium*; no el *otium desidiae*, sino el *otium philosophandi*, el *otium cogitationis* (39), que está relacionado con un triple género de vida: *contemplativo, activo y mixto* (40). El amor a la verdad -dice- busca el ocio santo y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación. Y en otra obra (41) presenta el fundamento teológico de la primacía de la caridad sobre la contemplación. Dicho fundamento es el Cuerpo Místico que pone en común, para todos sus miembros, los trabajos, padecimientos y alegrías de cada uno y exige que el bien y la necesidad común estén por encima del bien particular.

No debemos olvidar que la meditación de la Escritura dio a San Agustín la ocasión de descubrir el valor de la actividad. Leyendo el *Génesis*, descubre que

(36) Cfr. *Mateo* 13, 1 y ss.; 24, 45 45/51; 10, 10; *Marcos*. 6, 3, etc. Cfr. también *Col.* 4, 12 y *I Thessal.*, 2, 9; *II Tessal.* 1, 3, 8.

(37) Cfr. TERTULIANO, *Apologeticum*, 42, 2/3; ORIGENES, *Contra Celsium*, 1, 29, etc.

(38) Cfr. ARISTIDES, *Apología*, 15, 166, CLEMENTE ALEJANDRINO, *Stromata*, I, 25/26, etc.

(39) AUGUSTINUS, *De vera religione*, 35, 65.

(40) AUGUSTINUS, *De civitate Dei*, XIX, 3.

(41) AUGUSTINUS, *Ep. XLVIII*, 1,2.

el trabajo manual es muy bueno en sí mismo y que Dios manda al hombre cooperar con su labor en la perfección del mundo que lo rodea. El trabajo del hombre tiene la misión de colaborar con Dios para hacer las cosas más hermosas y fecundas, pues Dios ha dado al alma humana la razón y la facultad de trabajar, con lo cual el mismo trabajo se hace espiritual.

En el plan divino, el trabajo -despojada esta palabra de su lastre penoso- no resulta impropio del estado de inocencia de Adán. En realidad, Dios pone a Adán en el paraíso para que lo guarde y trabaje. El trabajo de Adán, antes del pecado, *no es un castigo sino una ocupación dichosa*, contribuyendo a la obra de la creación y consiguiendo, con la cooperación humana, mayor feracidad en los campos.

Y qué más agradable espectáculo que el diálogo y el trato con la naturaleza para descubrir sus leyes, depositando semillas, plantando renuevos, cambiando de lugar los arbustos, haciendo diversos injertos, como para interrogar a la naturaleza de las simientes hasta dónde llega su virtud, qué es lo que pueden y dónde están sus límites. (42)

El hombre es naturalmente un *cooperator Dei* (colaborador de Dios), en el desarrollo del mundo. El trabajo humano tiene una dignidad de colaboración para el despliegue de las fuerzas latentes del mundo. Por eso ha recibido del Creador la *ratio et facultas operandi* (la razón y la facultad de obrar). La razón misma penetra en el trabajo y lo hace racional.

Antes del pecado, pues, Adán se dedicaba al trabajo agrícola *non labore servili sed honesta animi voluptate*, es decir no impulsado por la indigencia ni por la necesidad material sino por *el deleite honesto del espíritu*. El trabajo es entonces, como un juego aunque suprimiendo las molestias y fatigas que también trae consigo el juego. El hombre debe colaborar con Dios para descubrir los secretos de la naturaleza vegetal y producir un mundo más alegre y feraz.

(42) AUGUSTINUS, *De Genesi ad litteram*, VIII, 10. Ib., IX, 18.

Dios al crear al hombre, le da el paraíso terrenal para que lo cultive y lo cuide. Es decir que hasta en el estado de inocencia tiene Adán una función acorde con su naturaleza, así que el trabajo, en sí mismo considerado, no es fruto de ninguna maldición. Si Dios es creador, es decir, hacedor y trabajador, el hombre, por ser su imagen divina, también lo es por su naturaleza. Adán, pues, aun antes del pecado, trabaja; solo que su trabajo no es penoso, tal como hace notar también Santo Tomás.

Con el pecado cambian también las condiciones del trabajador. Con la desobediencia entra la *afflictio laboris* (la penosidad del trabajo) y el sudor en el rostro del hombre. El nuevo cambio está señalado por San Agustín en su aspecto orgánico y espiritual con dos efectos: *labor membrarum* (el cansancio de los miembros) y *angor curarum* (la angustia de la preocupación). Los privilegios, antes del pecado, eran *el goce de Dios, la salud del cuerpo y la tranquilidad del alma: Gozaba de Dios... en perfecta salud corporal y total tranquilidad espiritual* (43). Con el pecado aparece el olvido de Dios, el cansancio y la preocupación constante. El trabajo se transforma en un yugo, en un peso a veces insoportable y, juntamente con estas dificultades, aparece lo que Agustín llama *angor curarum*, dos palabras llenas de sentido y que han entrado en el análisis existencial de la filosofía de Kierkegaard y Heidegger: *la angustia de las preocupaciones*.

El Cristianismo no ha quitado al trabajo humano su dosis de fatiga, pero ha operado enérgicamente en la curación del *angor curarum*. La humildad y la mansedumbre, cortando las ambiciones lacerantes, templan el ardor y la fiebre de la preocupación.

La acción debe ser humilde y tranquila, pero no desidiosa, como la de aquellos monjes de Cartago para los cuales el Obispo de Hipona escribe su famoso librito

(43) AUGUSTINUS, *De civitate Dei*; XIV, 26: "Vivebat fruens Deo... Summa in carne sanitas, in anima tota tranquillitas". Cfr. también Santo Tomás, *Comm. Sententias*, II, 17, 3, 2. "In statu innocentiae non fuisset agricultura laboriosa, sicut erat in statu peccati, sed delectabilis". La agricultura, en estado de inocencia no era trabajosa como lo es en el estado de pecado, sino que era agradable.

De opere monachorum. Esos monjes, falsos ascetas, no querían trabajar con sus manos y ponían como excusa el texto del Sermón de la Montaña: *Fijaos en los pájaros: ni siembran ni riegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta* (44). Este pasaje lo interpretaban a la letra y cuando encontraban el texto de San Pablo, *el que no quiera trabajar, que no coma* (45), juzgaban que el santo se refería al *trabajo apostólico*, consistente en la oración, lectura espiritual, etc. El Obispo de Hipona no titubeaba en apostrofar a esos monjes como *proevaricatores evangelii* quienes, bajo pretexto de ascetismo, pretenden vivir a expensas de Cristo. Agustín, con una dialéctica vigorosa, refuta esta utopía, insistiendo sobre el deber del trabajo manual y su valor ascético con el ejemplo de San José, de Cristo y de los apóstoles. Cristo, con la parábola de las aves del cielo y de los lirios del campo no quiere estimular la vida ociosa, sino purificar el trabajo humano de toda excesiva solicitud, angustia y preocupación, exhortando a los hombres a confiar en el Padre celestial. Lo que condena es la *sollicitudo habendi* (46), es decir, el *afán de posesión* y de enriquecimiento. En los monasterios bien ordenados, el trabajo manual es indispensable y no solo tiene un fin ascético o moral, sino también social, porque remedia las necesidades corporales.

El texto evangélico no dice que no se provea para el mañana, sino que se viva y se trabaje sin intención de lucro. En consecuencia el monje debe preocuparse del reino celestial, ya sea trabajando con sus manos, ya sea absorbido en el trabajo apostólico. El hombre no es ni puramente activo, ni puramente contemplativo, sino que debe comprender ambas cosas: contemplación y acción. Ni la acción impide la contemplación ni la contemplación estorba la acción. Así se llega a la fórmula benedictina: *Ora et labora*. Hay trabajos honestos de suyo, como son los de los artesanos, agricultores, zapateros, constructores que deben ser ejercidos para satisfacer las necesidades materiales y también para lograr la perfección espiritual.

(44) *Mateo*, 6, 26.

(45) *II Thessal.*, 3, 10.

(46) AUGUSTINUS, *De opere monachorum*, 15, 16.

Varios años más tarde, San Benito de Nursia da a sus monjes la célebre *Regula Monachorum* que puede compendiarse en el conocido lema: *Ora et labora* (ora y trabaja). Con este código de vida cenobítica el Cristianismo no solo da al mundo la idea del valor humano del trabajo sino que presenta un nuevo tipo de contemplación que, además de constituir una nueva actividad eminentemente intelectual, es también adoración y amor. No existe más, como en la antigüedad clásica, un divorcio entre actividad manual e intelectual, por el contrario, éstas son dos actividades que deben complementarse. El deber de trabajar se funda no solo en una necesidad económica, sino también en una exigencia espiritual: el trabajo manual es un instrumento de lucha contra las pasiones y da al espíritu una gran energía; por lo tanto es *ascesis* y prepara al monje a vivir y comprender mejor la paz de la contemplación. Esta nueva forma de vida se manifiesta, estéticamente, en un maravilloso grupo escultórico de doce figuras que se encuentran en uno de los pórticos de la catedral de Chartres (Francia): seis de ellas, a la izquierda, representan unas jóvenes que trabajan la lana y simbolizan la vida activa; a la derecha, otras seis mujeres jóvenes, cubiertas con velos, meditan y oran, simbolizando la vida contemplativa. Todas ellas tienen un rostro hermoso y sereno que refleja su paz interior.

La Regla de san Benito constituye un código religioso sabio y prudente que hará sentir su influencia bienhechora durante todo el Medioevo y muy pronto los monasterios se transforman en verdaderos centros de producción agrícola y artesanal con monjes agricultores, panaderos, zapateros, fundidores de metales y de otros oficios. San Benito, pues, siembra el germen de una pacífica revolución económica social y moral en una época en que el trabajo manual es considerado indigno de ser ejercido por un hombre libre. De esta manera la Orden Benedictina civiliza y cristianiza todos los pueblos bárbaros del norte de Europa: el desmonte, la aradura, el secado de los pantanos, el marginamiento de los arroyos, la actividad agrícologanadera y el cultivo de todas las artes y oficios hacen que los monasterios benedictinos sean verdaderos centros de colonización y de formación profesional. (47)

(47) Cfr. LETIZIA, F., *Fundamentación filosófica...*, tomo I, pág. 254 y ss.

Mucho tiempo después, ya en el siglo XIII y en plena Escolástica, surge entre los metafísicos, la necesidad de dilucidar cuestiones sobre el trabajo y comprender el destino del trabajador. El trabajo, considerado como *perfectio operantis* (perfección del obrero) y como *perfectio operis* (perfección de la obra), modifica no solo la realidad externa sino también al sujeto. En realidad, si el trabajo no elevara al trabajador, quien, mediante su esfuerzo volitivo e intelectual domina la materia, no sería trabajo humano. Cuando Dostoievsky habla del forzado que, durante la mañana está obligado a acarrear troncos de árboles para volverlos a colocar, por la tarde, en su sitio primitivo, quiere referirse al *infierno* que sufre ese condenado que se da perfecta cuenta de la *irracionalidad* de todo su esfuerzo. Todo trabajo lleva el sello de la racionalidad; por eso decimos que *el animal no trabaja* en el sentido estricto del término. La hormiga, la abeja, por ejemplo, realizan los *gestos* del trabajo y, a lo sumo, realizan un *trabajo objetivo* pero jamás podrán llevar a cabo la realización subjetiva y espiritual del trabajo. Pasa un abismo entre el esfuerzo muscular que realiza un buey arrastrando un arado y el esfuerzo del campesino que lo guía a través de la manquera.

Además, los metafísicos medievales hacen una neta distinción entre el trabajo y el capital: el primero es el *principium quod agit*, es decir, la causa eficiente principal mientras que el capital es el *principium quo*, o causa instrumental y, por ende, está y debe estar subordinado al trabajo humano.

Por último queremos señalar que la idea cristiana del trabajo va a ser enriquecida también por la Reforma que da a la palabra alemana *beruf* (profesión) el significado de *vocación*. En efecto Lutero sostiene que el ejercicio de una profesión, cualquiera que sea, llega a ser la *respuesta* a un llamado de Dios y, por eso, un culto y un acto religioso. Además, Calvino llegará a decir que el hombre no puede salvarse por sí mismo y que los signos de su elección los encontrará en el éxito de su actividad exterior. De ahí que el trabajo más áspero y largo será el único signo de *elección* de que pueda fiarse el cristiano. Asimismo el ahorro va a tener un alto valor positivo: hay que privarse de todo lo superfluo para acumular dinero. No se trata, en realidad, de un excesivo amor por el dinero, sino de un nuevo tipo de vida afincado en el cultivo de las *virtudes burguesas*.

*Visión liberal, marxista
y cristiana del trabajo*

Con el liberalismo político surge la Escuela Clásica que tiene como representante más significativo al filósofo y economista Adam Smith quien, en 1776, publica *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* en cinco libros, de los cuales el primero habla extensamente del trabajo como fuente de toda riqueza. Uno de los méritos originales de Smith ha sido el de haber elaborado la doctrina de la división del trabajo, la cual supone la colaboración de todos los trabajadores. A tal efecto, presenta el ejemplo famoso de la fábrica de alfileres: un obrero, sin la colaboración de nadie, apenas podría hacer un alfiler por día; pero con la división de las tareas, la producción es enorme.

One man draws out the wire, another straightens it, a third cuts it, a fourth points it, a fifth grinds it at the top for receiving the head... Those ten persons, therefore, could make among them upwards of forty-eight thousands pins in a day.

Un hombre estira el alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, un cuarto hace la punta, un quinto lima el extremo que va a recibir la cabeza... Por consiguiente, estas diez personas podrían fabricar, entre todas, más de cuarenta y ocho mil alfileres por día. (48)

Smith pasa luego a buscar los factores que explican las grandes ventajas de la división del trabajo y descubre que son tres: la destreza adquirida por el obrero, el ahorro de tiempo y el empleo de la maquinaria, inventada por los mismos obreros. Pero a pesar de las consideraciones muy favorables provenientes de esa división, Smith, en el último libro de su obra, al hablar de proceso educativo hace notar que la división del trabajo no permite al trabajador ejercitar libremente su inteligencia y su facultad de inventiva.

(48) SMITH, A., *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (New York, The Modern Library, 1937), pág. 3.

En íntima relación con la doctrina del trabajo, Smith elabora su teoría del valor y, después de haber distinguido la noción de valor de uso y valor de cambio, llega a la conclusión de que el trabajo es la medida real del valor de cambio de toda clase de bienes. El trabajo, pues, es *the first price*, el precio primitivo, la *moneda originaria*, que sirve para pagar y comprar todas las cosas. En todas las épocas y circunstancias, es caro lo que resulta difícil de adquirir o cuesta mucho trabajo obtener y es barato lo que se puede adquirir con más facilidad. Por lo tanto, el trabajo es el patrón único y definitivo por el cual se comparan y estiman los valores de todos los bienes. Pero -agrega- el valor de una cosa es proporcional al trabajo solamente en las sociedades primitivas. En efecto, en las sociedades civilizadas, al trabajo hay que agregar otros dos factores: la tierra y el capital. De ahí que el trabajo no es la única fuente del valor de una mercancía, pero seguramente es la más importante. Además, el liberalismo económico otorga mucha importancia al trabajo del empresario, que concibe y organiza una empresa y minusvaloriza el trabajo del obrero, el cual se limita a ejecutar lo planeado por el capitalista.

Las principales tesis de la doctrina del trabajo sostenidas por el capitalismo pueden reducirse a dos. La primera afirma que el trabajo tiene el objeto de procurar la subsistencia y el bienestar del trabajador. Dice Smith: *El hombre ha de vivir de su trabajo y los salarios han de ser, por lo menos, lo suficientemente elevados para mantenerlo* (49). En la mayor parte de las ocasiones es indispensable que gane algo más que el sustento, porque de otro modo sería imposible mantener una familia.

La segunda tesis sostiene que el precio del trabajo humano debe regirse, al igual que el de otra mercancía, por la ley de la oferta y la demanda. La mano de obra -dice Ricardo en sus *Principios de Economía Política*- es costosa cuando escasea y barata cuando abunda.

Pero estas observaciones, si bien aceptadas, no reflejan una profunda investigación filosófica sobre el trabajo y solo se limitan a describirlo objetivamente, reduciéndolo a una simple mercancía.

(49) Cfr. SMITH, A., *op. cit.*

El marxismo, en cambio, considera que el trabajo compromete fundamentalmente la existencia humana, definiéndolo como *la actividad esencial del hombre*. Marx explica el desarrollo de la historia humana recurriendo a la organización del trabajo al que considera como *la vida que crea*.

El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso que éste realiza, regula y controla, mediante su propia acción... Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano...y a la par que, de este modo, actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina. (50)

Pero inmediatamente Marx comprueba que, en la sociedad capitalista el trabajo es solamente una mercancía que se vende y se compra en el mercado, conforme a las leyes de la oferta y de la demanda.

En la sociedad capitalista el trabajador se ve obligado a vender su fuerza laboral para poder subsistir:

Ahora bien, la fuerza del trabajo en acción, el trabajo mismo es la propia actividad vital del obrero, la manifestación misma de su vida... Y esta actividad vital tiene que venderla a otro para asegurarse los medios de vida necesarios. Es decir que su actividad vital no es, para él, más que un medio para poder subsistir. (51)

La penosa condición del trabajador no consiste solo en el ínfimo nivel de sus ingresos, sino en el despojo del fruto de su trabajo. En el sistema capitalista la propiedad privada de los medios de producción, coloca

(50) MARX, C., *El Capital*, trad. de Rocés, W., 2da. ed., tomo I (México, FCE, 1946), pág. 199.

(51) MARX, C., *Trabajo asalariado y capital*, s. trad. (Buenos Aires, Ateneo, 1958), pág. 36.

a los obreros en la necesidad de ofrecer lo único que tienen: su capacidad de trabajo para seguir subsistiendo. El trabajo asalariado produce el despojo y la degradación del trabajador. "El obrero ni siquiera considera el trabajo como parte de su vida sino más bien, *un sacrificio de su vida*". De ahí la necesidad de una profunda reestructuración de la sociedad para el advenimiento de una nueva era: primero una era *socialista*, en la que el trabajador recibirá según su trabajo, y luego, una *sociedad comunista*, en la cual recibirá según sus necesidades.

Ahora bien, en neta oposición a la doctrina liberal y a la marxista, la doctrina económico-social del Cristianismo presenta una visión del trabajo que se sustenta en los principios teológicos y metafísicos de su antropología. El hombre no solo trabaja para satisfacer sus necesidades y las de su familia, sino también para lograr objetivos espirituales, para disciplinar, organizar y perfeccionar sus facultades y *espiritualizar*, en cierta forma, la naturaleza. Además, el hombre ha recibido la misión de completar la obra creadora de Dios, por ser un *coadiutor Dei*. Es decir que el trabajo humano tiene una doble finalidad: natural y sobrenatural. La primera ordena a producir bienes y servicios necesarios para la vida; la segunda, a colaborar con la obra divina. En la encíclica *Populorum Progressio*, el pontífice Paulo VI sostiene que el trabajo humano tiene tres dimensiones fundamentales. Por de pronto, es la forma en que el hombre logra su sustento y asegura, para sí y los suyos, los bienes necesarios. En segundo lugar, el trabajo desarrolla la persona humana haciéndola continuadora de la obra creadora de Dios. El trabajo es ejercicio de libertad, de iniciativa, de dominio sobre la naturaleza y por el trabajo el hombre llega a ser *señor de la naturaleza*. Creado a imagen de Dios, el hombre debe cooperar con el Creador en la perfección de la creación y marcar, a su vez, la tierra con el carácter espiritual que él mismo recibió.

Dios que ha dotado al hombre de inteligencia, le ha dado también, el modo de acabar, de alguna manera, su obra; ya sea artista o artesano, patrono, obrero o campesino, todo trabajador es un creador. Aplicándose a una materia que se le resiste, el trabajador imprime un sello

mientras que él adquiere tenacidad, ingenio y espíritu de inventiva. Más aún, viviendo en común, participando de una misma esperanza, de un sufrimiento, de una ambición y de una alegría, el trabajo une las voluntades, aproxima los espíritus y funde los corazones; al realizarlo, los hombres descubren que son hermanos.
(52)

La tercera dimensión del trabajo, pues, es el ejercicio de la solidaridad humana porque mediante el trabajo el hombre ayuda a sus semejantes a satisfacer sus necesidades y realizar su destino. De esta manera cumple un deber de justicia, retribuyendo a la sociedad parte de los beneficios que de ella recibe.

El trabajo es acción creadora. El hombre transforma la materia y marca la tierra con las señales de su inteligencia y de su espíritu. El trabajo *hermana a los hombres*. Pero, advierte el pontífice, el trabajo puede ser mal concebido e injustamente organizado. Es decir que puede deshumanizarse y puede transformarse en instrumento de ambición, de dominio, de explotación. Mal concebido e injustamente organizado conduce fatalmente a actitudes de violentas revueltas y de egoísmos desenfrenados.

Existe, pues, el peligro de *deshumanización del trabajo*, convirtiendo al trabajador en *siervo* de la máquina, de la técnica y de la organización, sofocando su libertad y su capacidad inventiva. Dice Juan Pablo II a este respecto:

Se puede llegar a un nivel de deshumanización cuando se invierte la escala de valores... cuando se apunta a la perfección del trabajo y no a la perfección de quien lo ejecuta, privilegiando la obra antes que al obrero, al objeto antes que al sujeto. (53)

(52) PAULO VI, *Populorum Progressio*, n° 27.

(53) JUAN PABLO II, *Alocución a la A.C.D.E. de Italia*, 24-11-79.

*Consideraciones metafísicas
sobre el trabajo*

Debido a que únicamente en la época moderna ha habido un creciente interés por la doctrina del trabajo, solo a partir de este siglo han surgido las así llamadas *filosofías del trabajo*, cuyos contenidos son tan diversos que es humanamente imposible reducirlas a un común denominador. Algunas de ellas son netamente marxistas; otras se afincan en el neoliberalismo; otras prefieren subrayar el factor social o psicológico, mientras que otras se fundamentan en la antropología filosófico-teológica del Cristianismo.

Nosotros, siguiendo las líneas directrices del filosofar cristiano, haremos algunas breves consideraciones sobre la doctrina del trabajo desde un enfoque metafísico, por ser el más importante y también porque puede servir de punto de partida para toda investigación ulterior.

El metafísico, acostumbrado a analizar las cosas en profundidad, distingue dos clases de actividades. Las primeras, que constituyen el mundo de lo *agibile*, son espirituales y encuentran su término en el sujeto mismo que actúa; por ejemplo, la actividad de intuir, conocer, querer, reflexionar, constituyen acontecimientos íntimos del espíritu que son inmanentes, puesto que permanecen en el sujeto agente y lo perfeccionan. Las segundas, pertenecen a la categoría de las actividades llamadas *transitivas*; salen del sujeto y se manifiestan en el mundo exterior. Pertenecen, pues, al mundo *fáctico* y añaden una perfección a un objeto externo al sujeto. De ahí la distinción entre la *perfectio operantis* (perfección del sujeto) y la *perfectio operis* (perfección de la obra). Pero esta distinción no es para *separar*, sino para *unir*, porque es el sujeto que realiza la actividad espiritual y la actividad técnica o fáctica. Es cierto que el objeto fabricado permanece siempre en el mundo exterior, pero el sujeto, al realizar un buen trabajo se está perfeccionando a sí mismo. Por ejemplo: si un carpintero logra realizar, mediante su inteligencia y habilidad técnica, una excelente puerta, no solo ha transformado la madera, un objeto exterior, sino que, al hacerlo, se ha perfeccionado a sí mismo. Al grabar el sello de su personalidad en la madera no solo ha humanizado un elemento natural sino que ha logrado perfeccionarse como carpintero y como hombre. Este trabajador, antes

de poner mano a la obra, ha tenido que pensar y elaborar una idea clara y precisa de lo que iba a hacer; de ahí que primero ha meditado o contemplado, y luego ha realizado el esfuerzo muscular. Además, conviene subrayar que todo conocimiento humano es actividad y que, por eso, en su misma raíz, es trabajo. Kant dice que la filosofía es *herkulische Arbeit* (un trabajo hercúleo) y el esfuerzo constituye una condición básica para la humana posesión de la verdad. Para conocer hay que trabajar y la inteligencia humana alcanza su mayor dignidad poseyendo lo que con su esfuerzo ha sido capaz de conquistar.

El esfuerzo no solo es garantía y camino de la verdad que se conoce, sino también, del bien que se practica. La pereza u ociosidad -dice Santo Tomás- es una viciosa impotencia no solo para trabajar rectamente, sino para gozar rectamente del descanso. Por eso observa Laín Entralgo: *No hay duda. Nuestra más unánime religión es la del trabajo. Para nosotros el ocio solo cobra sentido cuando es descanso; de otro modo no nos parece sino pereza.* (54)

El trabajo, pues, no solo perfecciona a nuestro contorno natural sino también al trabajador; en caso contrario, no sería un *trabajo humano*. En efecto, el trabajo supone en todos los casos una *intención* original de parte del sujeto que es la *causa eficiente*, que actúa para lograr un *fin* (causa final). Esta actitud reflexiva no solo la encontramos al comienzo sino también al final cuando el trabajador observa, contempla y *goza estéticamente* de la obra realizada.

Por otra parte, el espíritu humano, gracias al trabajo y al esfuerzo por dominar la materia, logra su propia libertad. Ryer llega a identificar el trabajo con la libertad, debido a muchas razones, entre ellas, la derivada de la elección continua de los medios con vistas a un fin (55). Libertad y trabajo siguen el mismo rumbo y esto es lo que distingue radicalmente al trabajo humano del *trabajo* de la máquina. El trabajo que nace precisamente de los límites que la naturaleza impone

(54) LAIN ENTRALGO, F., *Ocio y trabajo* (Madrid, R.O., 1960), pág. 22.

(55) Cfr. RYER, R., *Metaphysique du travail*, en *Revue de Metaphysique et de Morale*, LIII, 1948.

al hombre, obliga a éste a crear instrumentos para lograr su fin. *El trabajo -agrega Vuillemin- que surge aparentemente de la necesidad, realiza de hecho la obra de la libertad y afirma nuestro poder* (56). El hombre deja de estar en la naturaleza como el árbol en el bosque y, enfrentado a los obstáculos, crea nuevos estímulos y elige libremente respuestas nuevas.

El trabajo es la verdadera causa de la civilización y su condición necesaria. El escritor Paul Schreker en su libro *Work and History*, traducido como *La estructura de la civilización*, encuentra que el fundamento del cambio histórico se halla en la noción de trabajo y sostiene que la Historia no es una sucesión de grandes acontecimientos cargados de ímpetus poderosos, sino una corriente de alteraciones infinitesimales cuya integración produce el cambio continuo en todos los sectores de la civilización. La Historia no se detiene en el intervalo que media entre los grandes acontecimientos espectaculares. Cuando más idéntico parece permanecer el estado de las cosas, tanto más el hecho de su duración modifica su estructura interna. En el campo político, el cambio mayor o menor se efectúa por cada acto legislativo; en el sector religioso, la fuerza que dirige el cambio puede ser la actividad de un sacerdote; en el campo científico, el cambio se debe a la investigación, a la docencia y a la utilización del conocimiento adquirido; en la esfera económica cada acto de producción, compra y venta, produce evidentemente un cambio, etc. *Pero si tratamos ahora de encontrar un término común que abarque todas estas acciones en los diversos sectores de la civilización, se nos ofrecerá naturalmente el concepto de trabajo* (57). Además, mediante el esfuerzo, el hombre logra *espiritualizar* su propia naturaleza porque el trabajo, como dice bellamente Lacroix, *es siempre el espíritu que penetra con dificultad en una materia y la espiritualiza* (58); por eso se puede decir que el trabajo es *el arte de infundir el espíritu*

(56) VUILLEMIN, J., *El ser y el trabajo*, trad. de L. Rozitchner (Buenos Aires, Eudeba, 1961), pág. 28.

(57) SCHREKER, P., *La estructura de la civilización*, trad. de B. Leone y otros (México, F.C.E., 1957), pág. 33.

(58) LACROIX, J., *Philosophie du travail*, en *Travail et condition humaine* (París, 1962), pág. 24.

en la materia. El obrero, al trabajar, da a las cosas algo de sí mismo, algo de su inteligencia, de su voluntad, de sus esfuerzos, de su vida. En esta lucha por dominar la materia, el espíritu se autorrealiza, obtiene un mayor grado de libertad y adquiere más conciencia de su poder.

El trabajo es también un lazo del hombre con sus semejantes, puesto que se trabaja con otros y para otros. En realidad, los hombres, aplicando su inteligencia y voluntad a una materia que se les resiste, *descubren que son hermanos.*

El trabajo encierra una doble alegría, ya que es doble experiencia de unidad: unidad del hombre con la naturaleza y unidad de los hombres entre sí. Se alegra pues el obrero porque impone un sello racional a la cosa y a ésta le añade una utilidad humana. Así que el sudor en la frente, indispensable en el trabajo, va junto a la alegría de una victoria.

El sudor de la frente y el callo de sus manos no constituye de ningún modo una humillación sino el signo de honor. De ahí proviene el indiscutible valor moral del trabajo. El sufrimiento del trabajo no encierra ninguna misteriosa maldición sino que se trata de un sufrimiento ennoblecedor. El trabajo y el alumbramiento son dolorosos porque algo nuevo va a nacer con ellos. (59)

Pero desgraciadamente la idea del trabajo está sufriendo, en la actualidad, múltiples desviaciones. Por de pronto, muchos trabajadores, obligados a vender de antemano el producto de su esfuerzo, solo ven en el trabajo un instrumento de ganancia. Lo degradan, quitándole la dignidad de servicio ofrecido a la comunidad. Además, existe una desviación mucho más peligrosa, una cierta *pseudomística* del trabajo que desemboca en la *locura de la producción*; la producción masiva, incansable, interminable. Se produce sin cesar y se crean, recurriendo a una propaganda masiva y asfixiante, nuevas necesidades, que no son naturales sino artificiales. De esta manera ya no se sirve al hombre sino al capital productivo que

(59) BORNE, E. y HENRY, F., *El trabajo y el hombre*, trad. de Curachani, A. (Buenos Aires, Desclée, 1937), pág. 116.

transforma al hombre en un simple *instrumento de consumo*.

A esta filosofía del trabajo de corte capitalista se opone aquella socialista cuya doctrina también es incompleta e insuficiente porque otorga al trabajo -tal como sucede con el *stajanovismo* (60)- un *fin absoluto*. Indudablemente el *stajanovismo* encierra una *mística del trabajo*, pero descuida los valores humanos superiores y manifiesta una absoluta carencia de espiritualidad. Por lo tanto es una *mística sui generis*. Su peligro está en que lleva al trabajador a olvidarse de su alma sumergiéndose en una actividad frenética de *hacer por hacer como si el hombre estuviese para el trabajo y no el trabajo para el hombre*.

Nosotros estimamos que la formación del hombre debe ser armónica e integral, evitando toda exageración, porque lo bueno y lo hermoso está en el justo medio. A la actividad de sus músculos, el hombre debe agregar la actividad contemplativa y el goce estético. Además, exaltar el trabajo sin dar al trabajador su plena libertad política y gremial, su iniciativa y su responsabilidad, es una total ausencia de lógica.

El trabajo es y debe ser un comportamiento fundamental del ser humano, de ahí que el trabajo es un deber y un derecho. Todos saben que existe una íntima relación entre el deber y el derecho. Pero, ¿qué es primero en el hombre, el deber o el derecho?

Según Santo Tomás, toda justicia se funda en el derecho natural porque no se puede *dar a cada uno lo que es suyo* si antes no le es debido, es decir, si no tiene derecho a él. Así que el derecho es lo primero y el deber lo segundo. Resulta, pues, evidente que el

(60) Este término se debe al nombre de un minero ruso llamado Alejo Stajanov quien, con su pico automático y ayudado por ocho hombres, levantó, en seis horas, ciento dos toneladas de material. En una fiebre emulativa, los periódicos rusos citaban rendimientos cada vez mayores. De ahí el espíritu del movimiento alabado por Stalin con miras a superar a los países capitalistas en el terreno de la producción.

primer derecho que tiene el hombre es el *derecho a la vida* porque ¿cómo podría buscar su fin si no tiene vida? Una vez recibido el derecho, éste se transforma en obligación justamente para salvaguardar ese derecho. En esta perspectiva se aclara cómo un mismo objeto se constituye en derecho y obligación. De la obligación que tenemos de proteger nuestra vida, se sigue el derecho de los medios para que éste se sostenga y así se origina el derecho que tienen los hombres a satisfacer sus necesidades primarias, como el vestirse y alimentarse. Pero, el hecho de alimentarse y vestirse, siendo derechos, se convierten en obligaciones de procurarse, mediante el trabajo, el alimento y el vestido. De esta manera, tal como lo aclara Santo Tomás, el trabajo es, al mismo tiempo, "un derecho y una obligación". Y agrega que el trabajo tiene cuatro fines fundamentales: obtener el alimento cotidiano; evitar la ociosidad, madre de todos los vicios, frenar la corrupción en cuanto que el hombre por el trabajo se fortifica; socorrer a los débiles y a los necesitados. (61)

Existiendo el derecho a la vida, existe el derecho natural a todos aquellos medios lícitos indispensables para vivir. El hombre pues, tiene el derecho de trabajar, porque tiene el deber de perfeccionarse y adquirir mayor dignidad. El Papa Pío XII decía que el trabajo hecho por Dios y con Dios es obra humana que se transforma en obra divina y que *el hombre puede dar a sus acciones, incluso a las menos productivas materialmente, un precioso valor trascendente y sobrenatural.* (62)

Además, el trabajo es para el hombre un deber personal y social. El hombre *ha nacido para trabajar* con el fin de proveer a su propia vida y a la de su comunidad, a la que pertenece y de la cual ha recibido muchos bienes que le son necesarios; tiene, pues, que devolver esos bienes que la misma sociedad necesita para cumplir su fin.

Otra motivación para trabajar es la *autoestima*. Ser un trabajador garantiza cierto grado de autonomía

(61) Cfr. S. THOMAS, *Summa Theologiae*, II, II. q. 57, a. 1.

(62) PIO XII, *Carta al II Congreso Nacional Italiano de muchachas de servicio*, 24-4-58.

y de dignidad personal, puesto que el obrero tiene conciencia de participar en la transformación de nuestro contorno natural.

Ya Hegel había visto las consecuencias que tendría para el trabajo el salto de las herramientas a la máquina. La herramienta todavía es una cosa inerte y solo el hombre que la usa es formalmente activo; en cambio, la máquina es una herramienta, en cierta forma, independiente del hombre. Con la máquina hace su aparición la técnica que es *el procedimiento con que el hombre científico domina la naturaleza a fin de desarrollar y organizar su existencia para eximirse de las necesidades y dar a su contorno la forma que le resulta adecuada.* (63)

Ahora bien, la excesiva dependencia de la máquina y de la organización técnica, pone al hombre en la situación riesgosa de convertirse en una simple pieza de máquina. En efecto, todos saben que esta creciente tecnificación se está extendiendo a toda la vida humana, no solo a la actividad política, científica, industrial y comercial, sino también a los juegos y diversiones. Por otra parte, las máquinas tienen que ser, a su vez, reparadas y perfeccionadas constantemente.

Cuando, después, las máquinas se convierten en señores casi independientes, el hombre tiene, sin embargo, que trabajar de alguna manera para servirles, vigilarlas, repararlas y suministrarles las primeras materias que consumen... El trabajo cambia pero no desaparece. En alguna parte queda el trabajo primitivo, penoso, que ninguna técnica puede suprimir. Ciertamente es que la técnica facilita el trabajo. Pero también aporta nuevas posibilidades de producción y suscita con sus progresos, nuevas necesidades y, en cuanto que éstas crecen, obligan a un nuevo y mayor trabajo. (64)

Así que el hombre depende de los instrumentos de trabajo, dependencia tanto más intensa cuanto más

(63) JASPERS, K., *Origen y meta de la historia*, trad. de V. Vela, 3a. ed. (Madrid, R. de O., 1965), pág. 133.

(64) JASPERS, K., *op. cit.*, pág. 148.

perfecta es la máquina. La *automación* libera al hombre de algunos trabajos, pero, al mismo tiempo, le exige mayor dependencia.

Además, el hombre al crear la *máquina de pensar*, ha franqueado el último paso en sumisión a la mecanización y su última abdicación ante este producto de su propio ingenio le ha dado un nuevo objeto de adoración, el *dios cibernético*. (65)

Todo esto nos lleva a una trágica conclusión: el hombre actual corre el riesgo de no poder dominar a la máquina y de convertirse, también él, en una máquina.

El trabajador ya casi no cuenta como persona; cuenta como un simple número. De esta manera el trabajo está transformándose en un poderoso instrumento de *alienación* que encadena al hombre insensiblemente a la monotonía y al automatismo. El trabajador se transforma en una máquina más al servicio de la empresa. Y esta alienación, unida a las fuerzas deshumanizantes de la técnica, es tanto más grave en cuanto que va causando la insensibilidad de la conciencia. ¿Qué justificación puede tener un trabajo que despoja al hombre de lo mejor que tiene y lo rebaja a la categoría de una actividad puramente funcional o peor, a un esclavo de la máquina de pensar?

La ciencia y la técnica han equipado al hombre para su lucha con la naturaleza, pero lo han dejado solo frente a su propio destino. Han formado un hombre pragmático decidido a llevar, hasta las últimas consecuencias, el progreso material; pero el hombre ha olvidado que ciencia y técnica son medios y no fines. Ebrio de su poder, el hombre no sabe mantener el equilibrio.

Es urgente liberarse de las alienaciones provenientes de esta asfixiante tecnificación y organizar los medios y fines para que *el mundo del trabajo sea verdaderamente humano*. Solo si se reconoce que el trabajo es la infusión del espíritu en la materia, el hombre podrá volver a dominarla. Solo si a la *liberación exterior*, obtenida gracias a la máquina, va unida una *liberación interior*, el hombre podrá crear un mundo de paz y felicidad.

(65) Cfr. CHENU, D., *La teología del trabajo frente al ateísmo*, en *El ateísmo contemporáneo*, tomo IV (Madrid, Cristiandad, 1971).

Conclusión

Estamos convencidos de que el hombre tiene la extraordinaria tarea de continuar la obra divina. El hombre es un "cooperator Dei", un colaborador de Dios y para ese fin ha recibido la "ratio et facultas operandi", es decir, la razón y la facultad de obrar. El hombre debe someter la tierra, debe dominarla porque como "imagen de Dios" es una persona, un sujeto capaz de decidir acerca de su destino y del mundo que le rodea: "Llenad la tierra y gobernadla y tened dominio sobre los peces del mar, los volátiles del cielo y los animales. Procread y multiplicaos y henchid la tierra; sometedla". (66)

El trabajo expresa la grandeza ontológica del hombre como "demiurgo del mundo". Al transformar la naturaleza, aprende a utilizar sus propias energías y a perfeccionar sus habilidades. Por eso el trabajo, más que una necesidad -dice Juan Pablo II- es "una verdadera vocación, un llamamiento de Dios a construir un mundo nuevo en el que habite la justicia y la fraternidad". (67)

Queriendo precisar mejor el significado ético del trabajo, se debe tener presente, ante todo, que el trabajo es un bien del hombre "porque mediante el trabajo el hombre no solo transforma la naturaleza adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre; es más, en un cierto sentido 'se hace más hombre'". (68)

Todos los medios de producción, desde los más primitivos hasta los ultramodernos, han sido elaborados gradualmente por la experiencia y la inteligencia del hombre. De este modo han surgido no solo los instrumentos más sencillos, sino los más modernos y complejos. Todo lo que sirve al trabajo y que constituye su instrumental más perfeccionado, es "fruto del trabajo". Por eso lo que está contenido en el concepto de "capital" es simplemente un "conjunto de cosas". Solo el hombre, como "sujeto del trabajo" es "persona" y esta verdad contiene, en sí misma, consecuencias decisivas.

(66) Génesis, 1, 26/28.

(67) JUAN PABLO II, *Discurso a los obreros en el estado de Jalisco*, México, 30/1/79.

(68) JUAN PABLO II, *Laborem Exercens*, n° 9.

Desde Carlos Marx hasta nuestros días se enfoca el problema social analizando todas sus partes: capital, trabajo, desarrollo, subdesarrollo y este complicado proceso -dice el actual pontífice- podría reducirse a una sola cuestión: "El trabajo humano es una clave, quizá la clave esencial de toda la cuestión social". (69)

Todos los hombres son iguales, de una "igualdad en dignidad" y el trabajador, ya sea artista o artesano, científico o empresario, obrero o campesino, es un creador que imprime un sello indeleble en la materia, espiritualizándola. Así que los hombres se humanizan gracias al trabajo. "Más aún, viviendo en común, participando de una misma esperanza, de un sufrimiento, de una ambición y de una alegría, el trabajo une las voluntades, aproxima los espíritus y funde los corazones; al realizarlo, los hombres descubren que son hermanos". (70)

(69) *Ibidem*, n° 3.

(70) PAULO VI, *Populorum Progressio*, n° 27.